

# San Vicent Ferrer ¿fue precursor del concepto 'España'?

El santo más representativo de Valencia aplicaba la lógica para resolver litigios matrimoniales

JOSE LUIS TORMO

1419 DU 05-  
VALENCIA.— Una de las anécdotas más conocidas entre las atribuidas al santo Vicent Ferrer cuenta de qué forma resolvió una difícil situación matrimonial presidida por los constantes insultos y gritos entre los cónyuges. La mujer fue a verle a fin de pedirle consejo sobre tan peliaguda cuestión y, tras exponer todos los detalles, acabó llevándose una vasija llena de un agua de características milagrosas que el inteligente dominico había bendecido previamente y cuyo papel era fundamental para calmar al agresivo marido. Cada vez que el hombre comenzara una discusión -así lo había ordenado el santo-, la esposa debía llenar su boca con el agua de San Vicent. Si así lo hacía, el marido se calmaba inmediatamente y no habría lugar a más disputas.

Ese puede ser un buen símbolo para resumir de qué manera fray Vicent Ferrer logró ser un auténtico héroe de masas -durante tantos años-, en la turbulenta Europa del medievo. Utilizaba el sentido común, proponía soluciones sencillas que alejaban a los fieles de la enorme carga de supersticiones que acompañaban la vida medieval y advertía sobre los peligros que conllevaba la relajación en las costumbres durante una época en la que la relajación en las costumbres era lo habitual en aquella sociedad. Y si al proponer a la mujer que mantuviera en su boca el agua bendita lo que conseguía era que, al no poder haber respuesta de la esposa, el hombre calmara su ira y, quedándose con la razón, acabara comprendiendo que su mujer no discutía porque la devoción se lo impedía y no porque no dispusiera de argumentos.

Así solía obrar públicamente el prestigioso sacerdote valenciano. Lo suyo era la lógica aplicada para el uso social. Para ello mezclaba consejos alimenticios e higiénicos envueltos en un denso mensaje religioso con el que solía advertir a los devotos asistentes a sus multitudinarios sermones

sobre lo imprudente de las conductas antisociales, temerarias o pecadoras, induciendo a la honradez permanente sobre la base de la imposibilidad de conocer el momento de la imprevisible muerte de cada cual o del desencadenamiento, siempre próximo, del Juicio Final.

Su enorme popularidad en la época, que ha traspasado limpiamente casi seis siglos, el hecho de ser un santo representativo cuyos milagros (miracles) siguen escenificándose en muchas de nuestras calles y plazas, resta involuntariamente importancia y trascendencia a la otra gran dimensión del dominico: La del político. Confesor y consejero de príncipes, reyes y Papas, fray Vicent Ferrer se convirtió, por méritos propios, en personaje fundamental para la resolución de dos de los grandes problemas de tipo diplomático que acarrearon grandes conflictos a principios del siglo XV. Por una parte, el Gran Cisma de Occidente con la presencia de hasta tres Papas distintos que, con sus ejércitos y sus influencias, se disputaban la supremacía en el Papado y, por otra, el gran problema sucesorio que, tras la muerte sin hijos en 1410 del rey don Martín «el Humano», suponía para la todopoderosa Corona de Aragón el final de la dinastía de descendientes directos del rey conquistador Jaime I y cuya resolución, tras el famoso Compromiso de Caspe, fue en la práctica, obra suya.

## El problema político: El Gran Cisma de Occidente

Al final de su vida y sin dejar de predicar, fray Vicent concentró sus energías en tratar de ayudar a resolver el otro gran problema político-religioso del momento: el Gran Cisma de Occidente.

En 1416, durante la celebración del Concilio Euménico de Constanza, abandonó la obediencia al Papa Luna, Benedicto XIII, que se resistía a dejar la tiara papal.

A los dos años, apartados los tres Papas en conflicto, era nombrado pontífice S.S. Sixto V.

Y es que, como dejó escrito San Vicent, «el poder es como una corona de espinas, que duele mucho más cuando te la quitan...»

Una determinación que, según reputados historiadores: «Fue muy celebrada en Aragón, no tanto en Valencia y mucho menos en Cataluña». Eran los tres grandes estados de la Corona, -faltaba el reino de Mallorca pero no fue convocado-, representados cada uno en Caspe (Zaragoza) por tres compromisarios cuidadosamente elegidos entre lo más intelectualmente selecto de cada uno de los territorios y que, al final, tras dos meses de trabajos y votación pública, nominal y razonada, dio como resultado el triunfo de don



El altar de Sant, ayer, Vicent en la plaza de la Virgen.

ALBERTO DI LOLI

Fernando de Antequera, un infante castellano de la estirpe de los Trastámara para la corona aragonesa, en detrimento de los derechos que exhibía don Jaime de Urgell, representante de la línea dinástica catalana, por un cómputo total de seis votos a dos, ya que un compromisario, -Pere Bertrán, doctor en leyes por Bolonia y uno de los representantes del Reino de Valencia, precisamente-, optó por abstenerse, ya que adujo no haber tenido tiempo suficiente como para estudiar toda la documentación a fin de votar con total conocimiento de causa.

En tierras valencianas, el voto estaba dividido. Las dos grandes familias del Reino, los Centelles y los Vilaragut, optaban por opciones diferentes. Los primeros, junto a los grandes aristócratas y personajes tan significados como el aragonés Benedicto XIII, «el Papa Luna», uno de los protagonistas del Cisma en la iglesia, eran partidarios del infante castellano, mientras que la segun-

da de las familias, los Jurados y la opinión más generalizada optaba por el Conde de Urgell, al ser los Vilaragut, auténtico poder fáctico en la ciudad de Valencia, -la más poblada del Reino-, sus mentores más conocidos.

Concluidas las maratónicas sesiones informativas en Caspe, fray Vicent Ferrer fue el primero en emitir su voto. Era el 24 de junio de 1412 y el dominico acababa de cumplir 62 años. Su dictamen fue contundente: «Según mi entendimiento, los Parlamientos, súbditos y vasallos de la Corona de Aragón debían prestar fidelidad al señor don Fernando, infante de Castilla y nieto del rey don Pedro IV, padre que fue del rey Martín...» Cinco de los compromisarios se adhirieron inmediatamente a la opinión del dominico valenciano y sólo dos, el arzobispo de Tarragona y Guillem de Valsecá, ambos catalanes, razonaron su apoyo al otro candidato, don Jaime de Urgell.

## Las crónicas de un hombre santificado

J.L.T.

Aseguran las crónicas que fray Vicent Ferrer, dilucidada la cuestión, tuvo que soportar los gritos e insultos del propio Urgell que, públicamente, le acusó de ser el responsable de «haberle arrebatado el trono que en justicia le correspondía». Hubo escaramuzas bélicas por parte de los descontentos pero poco después juraba su compromiso real el nuevo monarca don Fernando I de Aragón, merced a los buenos oficios de fray Vicent Ferrer que, de esta manera, conseguía su sueño de vincular definitivamente las dos grandes coronas de la Península, la aragonesa y la castellana. De la importancia de aquel «compromiso de Caspe» da fe el hecho de que, en la actualidad, continúe siendo objeto de revisiones, casi siempre interesadas, sobre la base de lo que pudo haber sido y no fue caso de que el linaje catalán del aspirante Urgell hubiera triunfado en aquel acuerdo de hace casi seiscientos años.

Lo más cierto es que los manuales de Historia suelen dar como bueno que fueron los Reyes Católicos quienes dieron valor político y administrativo al concepto «España» al unir las coronas de Castilla y Aragón, conquistado definitivamente el reino musulmán de Granada. No suele recordarse con tanta frecuencia que ambos monarcas, Isabel y Fernando, eran primos y Trastámaras los dos de la estirpe castellana que defendió Vicente Ferrer en Caspe, y que don Fernando de Aragón, el rey Católico, era nieto de aquel otro infante Fernando que salió triunfador del famoso Compromiso entre los estados aragoneses.

A nadie deberá extrañar, pues, que las claves para la construcción de la obra hispánica de los Reyes Católicos haya que buscarlas en la previsión o intuición de San Vicent Ferrer casi un siglo antes. Y, simultáneamente, tampoco deberá escandalizar la agresividad sectaria con la que suele ser tratada su actuación en determinados ámbitos.

Conocida la interpretación de don Ramón Menéndez Pidal, que saludaba la actuación del santo dominico como inspirador de la idea de España, el arquitecto e historiador catalán don Lluís Domènech i Montaner defendía arduamente lo contrario y lamentaba lo acontecido en su obra «La iniquitat de Casp. La fi del Comtat de Urgell» (1930), mientras otro catalán, Eugenio D'Ors, sugería de San Vicent lo siguiente: «No cesó de acariciar dos imágenes. (...) La replasmación de la idea de la Cristiandad y, por otro lado, la replasmación de la idea de España...».